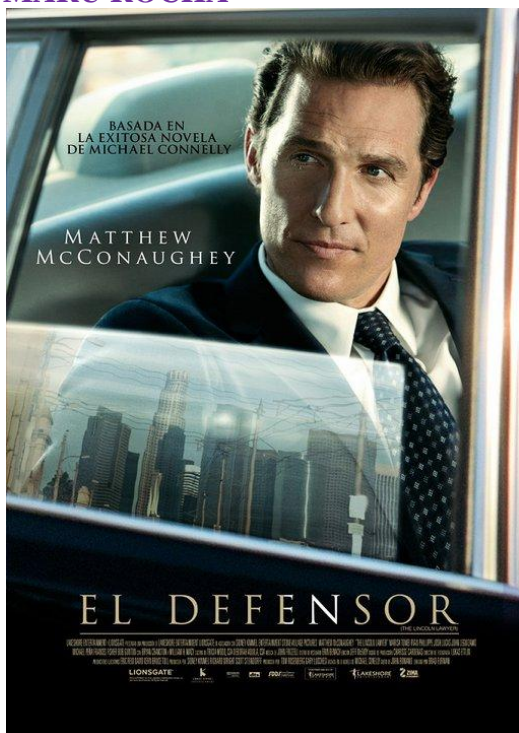


## El defensor / Juego de traiciones\*

MARU ROCHA



Hacía rato que Matthew McConaughey no se dejaba ver en la pantalla grande en una producción de alto impacto en ventas, taquilleramente redituable. Es el actor principal que encarna al totipotencial y ganón abogado Michael Haller en *El defensor* (Brad Furman, EU, 2011). No obstante de que el tema no es nada nuevo, un *thriller* judicial plagado de rebuscados casos carcelarios, McConaughey logra representar bien —aunque con uno que otro resbalón— a este hombre de leyes que despacha sus asuntos de trabajo desde un carro de lujo (de ahí que su título en inglés sea precisamente *The Lincoln lawyer*).

La caracterización de este personaje, “Mike” Haller, proviene de una serie de novelas policíacas-detectivescas de Michael Connelly (admirador de Raymond Chandler, uno de los autores más connotados de la novela negra en EU), que tiene un cierto peso y renombre tanto en el mundo editorial como en el fílmico, como proveedor de historias de este corte para Hollywood. La personificación del abogado aunque es verosímil —por la forma en que opera para “resolver” los casos— contiene varios baches en los que, tanto la historia como el delineado de su personalidad, son incompatibles con el estilo que inicialmente se ostenta en la trama y caracterización actoral.

El aspecto que mayormente resalta y se confirma en la historia es la “lógica” con la que se “solventan” los casos judiciales, con todo tipo de mañas y ventajas; incluyendo entre éstas, sobornos, manipulación de pruebas, falsedades o medias verdades, testigos fraudulentos o comprados, en las que, a todas luces, la justicia y la correcta aplicación de la ley quedan alejadas de la verdad.

Y todo ello, redundando en algo que campea en las cárceles de EU, de México y del mundo: inocentes encarcelados mientras los culpables siguen fuera delinciendo una y otra vez. Casos documentados y llevados al cine hay de sobra; para prueba, baste el recientísimo caso de Antonio Zúñiga (el hoy rapero, quien fuera acusado de homicidio y encarcelado por ello), en el controvertido filme *Presunto culpable*, todo un éxito en nuestro país, a pesar de pertenecer al género documental o docu-ficción.



En la historia de *El defensor* opera exactamente lo descrito: queda al desnudo el estilo de impartir justicia y defender a los acusados. Sin embargo, lo interesante en ésta radica en que hay algo dentro del procedimiento usual que pone en jaque al abogado penalista que “las puede todas”, obligándolo a cambiar de táctica para resarcir el daño que él mismo ha causado en el pasado y regresando a una palabra que se ha perdido y desvirtuado en ese medio, que parece ser ajena a muchos abogados de esa grey: ética profesional.

El resto de compañeros del elenco de McConaughey son reconocidos y de cierto peso fílmico; sobre todo, William H. Macy, quien adquiriera renombre tras *Fargo, secuestro voluntario* (Joel y Ethan Cohen, EU, 1996), quien es Frank Levin, el investigador que trabaja para el penalista. Participan también Marisa Tomei (a quien nunca le he encontrado la gracia como actriz) como Maggie McPherson, la ex esposa de “Mike”; Ryan Phillippe, el dolor de cabeza para el abogado, interpretando al “niño rico” acusado, Louis Roulet. También participan, en papeles menores: Josh Lucas, John Leguizamo, Michael Peña y Frances Fisher.



*Juego de traiciones* (Doug Liman, EU, 2010) es un filme eminentemente político y de denuncia, interpretado en forma estupenda por dos excelentes actores: Naomi Watts y Sean Penn. La primera, da vida a la agente secreto de la CIA, Valerie Palme; y el segundo, como el diplomático Joseph Wilson, esposo de Valerie.

Está basado en la novela autobiográfica de la verdadera Valerie Palme, *Fair Game: My Life as a Spy, My Betrayal by the White House*, en la cual desenmascara el juego de traiciones que le tiende la CIA cuando uno sus compañeros agentes la expone públicamente como agente encubierta de esa organización enfrentándose, por consiguiente, nada menos que a la Casa Blanca.



El marco contextual de *Juego...* se sitúa tras los días y meses subsecuentes al derribo de las Torres Gemelas en Nueva York, lo cual dio pie a una caza despiadada, paranoica y definitivamente armamentista en contra no sólo de todo el mundo árabe, sino a nivel mundial de parte de los yanquis.

Así las cosas, este largometraje es ante todo una denuncia para el mundo acerca de la forma “secreta” de cómo opera la CIA y quién mejor que Sean Penn (consumado activista en todo el mundo, políticamente comprometido siempre con las causas sociales de EU y de otros países y circunstancias anómalas), para encarnar ese papel. Tanto él como Watts lucen un duelo de actuaciones perfecto. Es uno de los mayores logros del filme.

Sin embargo, esta cinta no es del todo atractiva para el público en general, en virtud tanto de su propia temática política como de su especificidad en datos e información que, en algunos momentos, puede llegar a cansar. Se requiere de una gran concentración para retener las pistas, nombres y fechas —ubicándolos en el contexto yanqui y su paranoia para con el mundo entero, tras el 11-S— y no perderse en ese mar informativo. Es decir, es un filme de calidad, interesante, recomendable, pero completamente anti-taquillero.

[marurochaz@yahoo.com.mx](mailto:marurochaz@yahoo.com.mx)

\*Publicado en El Comentario Semanal (27 de junio de 2011).